

El Reino De La Paz

Martín Lutero

Sermón para Nochebuena.

Fecha: 25 y 26 de diciembre de 1525.

Texto: Isaías 9:6, 7. Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

La importancia de la palabra "NOS".

En este texto tenemos que fijarnos ante todo en la palabrita "nos", porque este "nos" es de importancia fundamental. Todos los niños que nacen, nacen para sí mismos o para sus padres. El niño Jesús es el único del cual se dice que "nos es nacido". "Nos", "nos", "nos", dice Isaías. Este niño nos pertenece a todos nosotros, nació para bien nuestro. Para el bien de él mismo no habría tenido necesidad de nacer. Todo lo que él es, tiene y hace por su nacimiento o según su naturaleza humana, se llama "nuestro" y es "nuestro". Todo nos ha de servir a nosotros, pues ha de ser para nuestra salvación y nuestra bienaventuranza eterna. Por consiguiente, la palabrita "nos" exige de nosotros una fe inconmovible. Pues aunque Cristo hubiera nacido miles y miles de veces —si no hubiera nacido para nosotros y no hubiese llegado a ser propiedad nuestra, no tendríamos de él ningún provecho. ¿De qué nos aprovecha, en efecto, que desde la creación del mundo hayan nacido y sigan naciendo diariamente tantos y tantos miles de hombres?

Las características del Rey y de su reino.

Atención especial merece también la descripción de la persona de este Rey. Por una parte es un hombre natural, por otra parte es el Hijo. "Hijo" le llama el profeta, para demostrar que este Rey es no sólo hombre, sino a la vez, por su esencia y naturaleza, verdadero Dios. Para poder hacer todas estas cosas que Isaías le atribuye, necesariamente tiene que ser un hijo distinto de todos los demás hijos de los hombres. Para derrotar y aniquilar la muerte, el pecado y la ley, tiene que poseer en verdad fuerza divina, máxime por cuanto deberá hacerlo no para bien de él mismo, sino para bien nuestro; Pues ayudar a otros hombres a quedar libres de sus pecados de la muerte y de la maldición de la ley, es algo que está totalmente fuera del alcance de cualquier ser humano; sólo es posible para el todopoderoso Dios. Mas esta divinidad no "ha nacido" para nosotros, pues Cristo no fue investido de ellos por causa nuestra, sino que la posee desde la eternidad, por haber nacido, del Padre. Pero "nos fue dada", para que sea también nuestra. Y si es nuestra, ¿podrá

haber algo que no sea nuestra? Pablo afirma claramente en Romanos 8 (v. 32): "Si Dios entregó a su propio Hijo por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?"

El reino de Cristo es un reino de gracia, un reino de socorro, un reino de consuelo para todos los pobres pecadores. Es una manera extraña de hablar: Cristo "lleva el principado sobre su hombro", y sin embargo está presente en el mundo entero. Él ha de gobernar en todas partes por medio de su evangelio —y no obstante, llevar el gobierno sobre su hombro. Los soberanos de este mundo se hacen llevar y conducir por los ciudadanos de su reino, mas este rey lleva, conduce y guía a los suyos. En la cruz nos llevó a todos nosotros a la vez, ahora empero nos lleva por medio del evangelio, o sea: ahora se nos predica la buena nueva de cómo en aquel entonces él nos llevó a todos nosotros, obteniendo con su pasión y muerte el perdón por todos los pecados que cometimos, cometemos y aún cometeremos.

"Admirable".

Seis nombres da Isaías a este Rey. Son los nombres o cualidades que se ensalzarán toda vez que se hable de sus maravillas, de su obra y de su oficio. El primer nombre, "Admirable", nos hace ver el método que Cristo emplea para gobernar su reino. Este método es tal que sobrepasa toda razón y sabiduría humanas; francamente, es incomprensible. ¿En qué sentido? Bien: Cristo nos gobierna tal cual él mismo fue gobernado por el Padre. ¿No fue aquello un gobierno por demás asombroso? Para ir a la vida eterna, Cristo fue a la muerte. Al querer tomar posesión de su gloria junto al Padre, experimentó toda suerte de ignominias, incluso la mayor de todas las ignominias, la de ser crucificado entre dos asesinos. Cuando él quiso extender su reino de paz a muchos pueblos, al mundo entero, aun su propio pueblo de Israel se apartó de él, hasta el punto de que no sólo le negaron, sino que también le traicionaron, vendieron, entregaron, crucificaron y cubrieron de blasfemias.

Extraño e incomprensible es también el modo cómo Cristo procede con los suyos y con su reino. Un rey terrenal tiende a lograr mediante su acción gubernamental la adhesión y el respeto de su pueblo, y al mismo tiempo intenta mantener a distancia a los extraños y enemigos. El Rey Cristo lo hace a la inversa: Deja que su propio pueblo, los judíos, le abandonen, y recibe a sus enemigos, los gentiles. Al que quiere hacer justo, le convierte en desesperado pecador, al que quiere hacer sabio, le convierte en necio, debilita al que quiere hacer fuerte, arroja a las fauces de la muerte al que quiere vivificar, hunde en el abismo del infierno al que quiere conducir al cielo: siempre parece hacer justamente lo contrario de lo que en realidad quisiera hacer. Al que quiere elevar a grandes honores, a la bienaventuranza y al reino eterno, y darle renombre y poder, le expone a la vergüenza, le condena, le rebaja a la categoría de siervo, humilde e insignificante. Bien puede aplicarse a todo esto la palabra: "Los primeros serán postreros, y los postreros, primeros" (Mateo 20:16). Quien quiera ser grande, humíllese. Quien quiera marchar en primera fila, póngase en la última. ¡En verdad, un Rey asombroso y extraño, que está más cercano a nosotros precisamente cuando está más alejado, y que está más alejado cuando está más cercano! Que esto no nos parezca asombroso, se debe a que nos falta el conocimiento cabal y la experiencia; oímos hablar de ello a diario, hasta que al fin quedamos saturados y hartos, y no pasamos jamás de los dichos a los hechos. Pero los que han experimentado en su vida el actuar del Rey Jesucristo, éstos ven y sienten lo maravilloso que es, y lo bien que le sienta el nombre de "Admirable". En resumen: Cristo es "Admirable" por cuanto su manera tan particular de gobernar su reino consiste en que él hace padecer al viejo hombre en nosotros y lo mata, y desaprueba todo cuanto este viejo Adán hace, sabe y puede.

"Consejero".

El segundo nombre, "Consejero", nos muestra cómo Cristo nos asiste en ese padecimiento, muerte y tribulación, a fin de que en circunstancias tan adversas no desesperemos, ni desfallezcamos. Y también en la forma cómo nos asiste, Cristo es "admirable". Lo que él hace, no lo puede hacer ningún otro rey o soberano. Cuando éstos están derrotados, o su país ha quedado asolado, se acabó también el consejo y el consuelo. Pero en el caso de Cristo es al revés: su consejo y consuelo nunca son mejores que cuando todo está arruinado y perdido. Por supuesto, esto requiere una firme fe. Cristo el "Consejero" es un consejero para los que creen; pues su consejo nos llega cuando ya no nos queda nada, cuando ya no podemos poner nuestra esperanza sino en aquello que aún no se ve. En los momentos en que Cristo nos conduce por sendas oscuras y extrañas, conforme a aquel primer nombre "Admirable", ¿quién podría permanecer en pie, si no tuviéramos nada a qué atenernos? Debe haber al menos una palabra que nos aconseje y aliente. En resumen: Cristo se llama "Consejero" por cuanto mediante su evangelio lleva el consuelo a sus fieles que en este mundo viven abandonados y acosados por muy diversas aflicciones.

"Poder".

Con el nombre que sigue, "Poder", se nos indica que el consejo y consuelo que Cristo nos da, es un consejo y consuelo poderoso. Un consejo puede consistir en simples palabras sin peso, y por último todo queda en la nada. Cristo en cambio, además de hablarnos y consolarnos con las palabras de su evangelio, nos da la fuerza para que podamos creer su palabra, atenernos a ella, perseverar en ella, y finalmente salir airosos de todas las dificultades y obtener la victoria que ya nadie podrá arrebatarnos. Pues si Cristo nos conduce por sendas tenebrosas y hace caer sobre nosotros padecimientos y aflicciones, su intención no es que permanezcamos para siempre en tan angustioso trance, que tengamos que conformarnos con el consejo y la palabra, y que esto sea el fin. _ No, así no es el asunto. El consejo y la palabra han de acompañarnos todo el tiempo que dure la tormenta de tribulaciones, y han de sostenernos para que no perdamos las fuerzas y nos hundamos. Pero un día —así lo quiere el Señor— hasta el mal más grande se acabará; será vencido por nuestra paciencia, y no nos atormentará más.

"Héroe".

Cómo Cristo ataca a los enemigos, y qué trato les impone, lo vemos por el cuarto nombre: "Héroe". Pues un Señor y un Héroe de verdad es aquel que ante todo provee lo necesario para su país y sus súbditos, los equipa y adiestra, y luego ataca a los enemigos y engrandece su propio reino. Todo esto lo hace Cristo con su santo evangelio. Éste es su espada, saeta y su armamento con que destruye toda inteligencia, sabiduría, razón, poder y santidad. ¿No es cosa por demás extraña: llevar por única arma la palabra, y ganar así el mundo sin sacar la espada, mar, aún, con mucho padecimiento y dolor? ¿Y no sólo ganar el mundo, sino también resistirse y oponerse a toda herejía y error y a la postre aplastarlos y obtener la victoria? No hay rey en la tierra que pueda hacer tal cosa.

Este luchar y vencer es una verdadera obra maestra. El primer ataque con su palabra lo dirige Cristo contra el corazón del hombre, haciendo predicar que todas las obras y todo el saber humanos son ante Dios pecado y nada más. Con esto se viene abajo toda santidad, sabiduría, poder, riqueza y cualquier otra cosa de que el mundo quiera gloriarse. Pues ante esta prédica tiene

que desaparecer toda presunción; el hombre tiene que desesperar de sus propias facultades, rendirse a la evidencia y reconocer que la palabra de Dios tiene razón. Mas donde el corazón desesperó de sí mismo y fue ganado por Dios, ¿qué resistencia se podrá o se querrá ofrecer todavía? Pero los que aún no desesperan de sus propias fuerzas, aún no han sido ganados. Con ellos el Héroe sigue luchando mediante su palabra, hasta ganarlos o hasta encomendarlos al juicio divino.

Así hicieron también los santos apóstoles. Usando la palabra de Dios, arremetieron contra el reino de Satanás y le arrebataron sus súbditos y destruyeron su señorío en un país tras otro. Por esto el apóstol Pablo suele llamar su oficio de predicador una "pelea". Y lo mismo seguimos haciendo los cristianos hasta el día postrero: conquistamos del diablo a muchas personas y se las arrebatamos de sus garras. Pues no podemos conformarnos con haber recibido personalmente la ayuda y el poder de Dios, sino que debemos ponernos al servicio de Cristo el Héroe, para que él pueda ganar por medio de nosotros a muchas almas y ensanchar los límites de su reino. El llamado que recibió el cristiano implica estar diariamente en campaña y luchar contra los enemigos. Es por esto que los profetas a menudo llaman a Dios "Jehová de los ejércitos", porque es un verdadero Príncipe guerrero. Su palabra no puede permanecer ociosa: ataca sin temor al diablo y al mundo; y el diablo, enfurecido, se defiende con saña, causando facciones y herejías e instigando a príncipes y potentados a luchar contra el evangelio. Ahí se arma entonces la batalla, tiro va, tiro viene, quien cae, cayó. Mas donde la palabra de Dios no está, se terminó la guerra, el diablo recupera sus dominios y reina en paz, siete veces peor que antes. Mateo 12 (v. 45).

"Padre eterno", "Príncipe de paz".

Los últimos dos nombres, "Padre eterno, Príncipe de paz," nos hablan de la recompensa y de los bienes que poseerán aquellos que son miembros del reino de Cristo. Un padre humano, por más paternalmente que trate a sus hijos, no lo puede hacer por mucho tiempo. Algún día tiene que morir y dejar atrás a sus hijos y encomendárselos al cuidado de otras personas. No puede ser ni llamarse "padre" por tiempo indeterminado; a lo sumo se le puede llamar "padre por el momento", porque el tiempo de su vida no lo tiene asegurado más que por el momento. En cambio, el Rey Cristo no muere jamás, tampoco deja atrás a sus hijos, sino que los mantiene a todos a su lado; aun por la eternidad vivirán junto a él. Particularmente consolador es el nombre "Padre eterno" en el peligro postrero, cuando nos llega la hora de la muerte. Entonces nos ayuda a no desesperar, porque sabemos a dónde vamos. Nuestra morada ya está bien preparada. Abandonamos esta vida y nos entregamos en manos del Padre eterno.

¿Quién le puede tener miedo a su Padre amante que nos espera con tanta bondad? El salto de esta vida a la otra no es un salto, al vacío, sino un salto a terreno firme. Por esto, el dolor del cristiano en presencia de la muerte no es un dolor que le hiere en lo más profundo del corazón. Al contrario, en su corazón está la paz que le da Cristo, el Príncipe de paz. No nos la da como el mundo la da (Juan 14:27); de ser así, sus primeros nombres carecerían de sentido. La paz que él nos da es la paz de la conciencia ante Dios, una paz que crece y se fortalece tanto más cuanto mayor es el dolor y el sufrimiento, porque proviene de que nos sentimos como hijos que conocen al Padre eterno, por lo que estamos seguros de gozar de su favor y de tener libre acceso a nuestro buen Padre. ¡Qué bien siguen estos nombres uno al otro! Por lo que significan, todos ellos se refieren a los cristianos, y todos ellos nos dan una imagen fiel de lo que es el reino de nuestro Señor Jesucristo. "Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto." Este Rey no morirá, no dejará tras de sí herederos

como los dejó el rey David, sino que será rey por todos los siglos, y su reino no le será quitado jamás.

Con estas palabras acerca del imperio que no tendrá límite, y de la justicia que será para siempre, se señala una vez más la resurrección de los muertos y la vida perdurable. Aquí se nos dice, en resumen: En primer término, Cristo ordenará su reino, lo dispondrá y confirmará para que exista en buena ley, es decir, para que en este reino, los hombres eviten todos los pecados e injusticias y queden libres de ellos; éste es el juicio que condena y castiga toda iniquidad. En segundo lugar lo mantendrá, robustecerá y reconfortará donde muestra señales de debilitamiento, para que en este reino los hombres sean justos, santos e irreprochables; ésta es la justicia. Por supuesto: todo esto, el Rey Cristo tiene que hacerlo por medio de su Espíritu Santo que renueva a los hombres. Pues como todos los hombres son pecadores y mentirosos, no sirven para un reino en que sólo caben hombres justos, piadosos y santos.

"El celo de Jehová".

¿Por qué será que el profeta agrega al final: "El celo de Jehová de los ejércitos hará esto"? ¿Por qué no dice: "La gracia del Dios misericordioso hará esto"? ¿Es acaso el celo de Dios el que lo hará, y no antes bien su pura gracia? Respondo: Isaías agrega esta frase por cuanto ve la falsa doctrina y los falsos profetas que intentan convencer al pueblo de que la justicia que vale ante Dios se alcanza con guardar la ley y hacer buenas obras, con lo que quedan invalidadas la fe y las promesas divinas, juntamente con Cristo mismo y todo lo que él hizo por nosotros. Esto le disgusta a Dios de tal manera que le provoca a celos, por decir así, y le impele a hacer venir su palabra y el reino de Cristo con toda energía, para que la fe y sus promesas no sufran deterioro, y para que el pueblo cristiano no sea inducido a caer en nefastos errores. Amén.